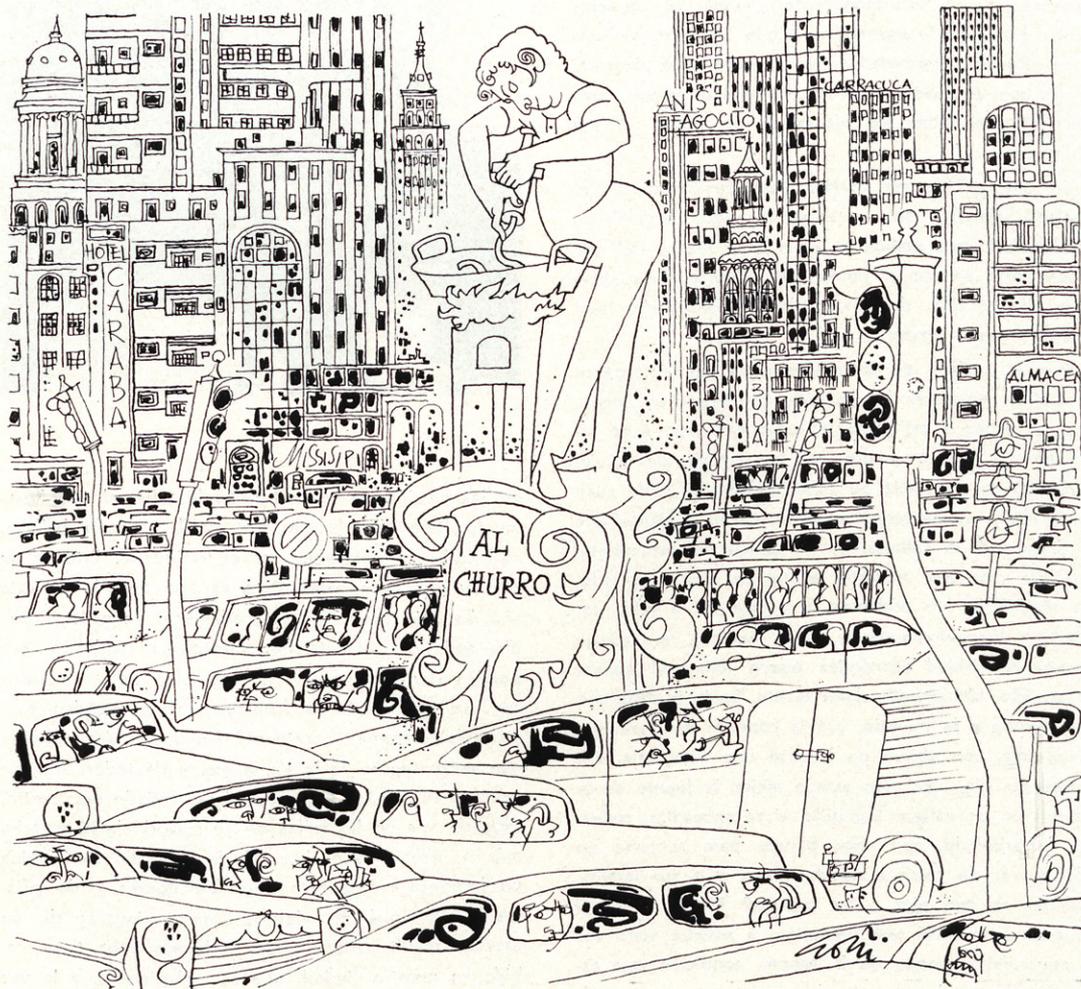


MONUMENTOS



Cuando adquirí el compromiso de escribir estos comentarios para ARQUITECTURA, resultaba fundamental fijar una serie de posibles temas relacionados con la ciudad, con objeto de que mi colaboración, contando de antemano con la benevolencia de los lectores, tuviese asegurada una duración no efímera. Me pareció natural que no se considerase prudente escribir "un par de lo que vemos", y, acto seguido hacer mutis por el foro. Entre los primeros temas elegidos surgió en seguida el de los monumentos en la ciudad. Después, resulta curioso, han aparecido ya comentarios sobre asuntos entonces olvidados, mientras que otros de los programados desde el primer momento aguardan pacientemente su turno y es posible—todo tiene su límite en esta vida, incluso la paciencia del director y la de los lectores de esta Revista—nunca verán la luz.

Pero la reciente inauguración en plena Puerta del Sol madrileña del inaudito monumento al Oso y el Madroño, hecho que como vecinos de Madrid nos sonroja, ha puesto, para mí al menos, de actualidad el tema del que hoy voy a tratar.

Me parece que en general la sociedad española enfoca la idea del monumento como un homenaje, sin

tener en cuenta para nada la obra de Arte que pueda ser. Me explicaré. Es muy raro oír decir, por ejemplo, que como el escultor X es un artista plástico singular, cuyas condiciones deben aprovecharse, o que determinado ambiente urbano se embellecería de manera importante añadiéndole una composición escultórica, etc., debiera encargarse al escultor un trabajo para situarlo allí. Por el contrario, es lo corriente, se dice que, como el preclaro hijo de esta ciudad H falleció hace cinco años, por ejemplo otra vez, y aún no se le ha honrado como se merece, vamos a encargar al escultor X o al Y, o al Z, ¡qué más da!, un monumento en su memoria para colocarlo en un rincón de nuestra ciudad; rincón—esto sí se le da mucha importancia—que, si es una calle o plaza, debe llevar el nombre de la personalidad a quien se dedica el monumento.

Esto me parece que en muchos casos es así. Luego resulta que las gentes, que son más sencillas e inteligentes que lo que algunos creen, cuando se detienen delante de un monumento, se olvidan por completo de la personalidad a quien está dedicado, mientras admiran lo bien realizado que está el caballo, animal que tanto abunda en la escultórica de la ciudad. Después ya inquieran sobre la personalidad, profesión,

LO QUE VEMOS

JULIAN PEÑA

época en que vivió, etc., el jinete. Primero se contempla la obra de arte, después se ilustra uno sobre el causante de la misma. Y así estimo que debiera ser a la hora de que, por quien corresponda, se decida la realización del monumento, que debe considerarse con primacía los factores estéticos. Desgraciadamente, no se hace así, y los resultados están a la vista de todos.

Creo que una de las causas de que sucedan las cosas como he dicho, a mi juicio fundamental, es la ausencia total de crítica de arte referente a este tema, en todas las publicaciones periódicas, diarios y revistas de Madrid. Porque, vamos por partes: ¿Es imaginable que si los críticos de Arte de los periódicos madrileños realizasen habitualmente la crítica de los monumentos, por otra parte bien escasos, que se emplazan en la ciudad lo mismo que el crítico teatral hace la crítica de cualquier pieza que se estrene en los teatros, se hubiese inaugurado el monumento al Oso y el Madroño, en su actual emplazamiento, con su escaso valor estético y en presencia del señor alcalde? Auguramos que no. Resulta muy necesaria la crítica en todos los campos artísticos. Pero es que, además, un pintor se dedica a llenar lienzos con sus composiciones cromáticas más o menos abstractas; un escritor es capaz de llenar 600 páginas de apretada prosa; un músico compone, incluso, una Sinfonía en cuatro tiempos; y a todos ellos su correspondiente crítico les hace llegar la opinión que les ha merecido su obra. Después el hombre de la calle, considerando o haciendo caso omiso de lo que ha opinado la crítica, se hace su composición de lugar. Luego un ciudadano compra un lienzo y lo cuelga en su cuarto de estar; el libro lo leen miles de compatriotas; la sinfonía, una vez escuchada, desaparece en el aire, hasta su próxima interpretación; pues bien, el pintor, el escritor, el músico, etc., están sometidos a la más pertinaz y exhaustiva de las críticas. En cambio un escultor, o un escultor y un arquitecto en colaboración, proyectan y realizan un monumento en piedra berroqueña que se emplaza en el mejor sitio de la ciudad y la reacción de la Prensa se limita, por lo general, en una gaceta sin firma, a dar la noticia, completada con una sucinta biografía del homenajeado, y a decir que el pico de la paloma que corona el monumento tiene un metro de longitud, y que el león del basamento pesa dos toneladas, y otras cosas por el estilo. Incluso a veces ni se dice el nombre del autor del monumento, que, naturalmente, no interesa. Pero el monumento está ahí, para gloria o vergüenza de sus autores y para deleite o molestia de los que lo tienen que contemplar de por vida. Afortunadamente, el hombre es un animal de costumbres y quizá por ello se acomoda en seguida a los disparatados ambientes urbanos que entre todos, justo es reconocer el papel rector importantísimo de nosotros los arquitectos en su creación, les ofrecemos.

Los monumentos, ahora, ya no se dedican exclusivamente a personalidades. Ultimamente se ha desatado sobre nuestro país una verdadera fiebre por realizar monumentos dedicados a profesiones, fenómenos atmosféricos, cosas, etc. Así el monumento al clima, al vendedor de chanquetes, al médico rural, al maestro de escuela, al organillo, etc. Recientemente en una carta al director se proponía la construcción de un monumento al organillo, integrado por el organillero, el

organillo y el burrito. Esto, parece mentira, ha sido publicado en un diario madrileño de la mañana, sin ningún comentario, considerándolo viable. El monumento se colocaría, a juego con el del Oso y el Ma-droño, en la Puerta del Sol.

A mi juicio, la culpa de todo esto la tiene un mal-hadado monumento que, con la mayor falta de res-peto imaginable, ha manchado, para siempre parece, el singular y bellissimo paisaje castellano de Pancorbo (Burgos). Me refiero al monumento al pastor que, como es natural, ha obtenido un gran éxito de público y Prensa, que no de crítica, la cual, siguiendo la cos-tumbre, se ha abstenido de enjuiciarlo.

Antes de seguir adelante, me interesa salvar la bue-nísima intención de los promotores de este monu-mento.

Quien esto escribe gusta de pararse en sus viajes por carretera para conversar con los pastores. Es un ejercicio que recomiendo a los amigos. Estas buenas gentes son, en general, de fácil conversación. Yo, por ejemplo, sé que tórdiga en castellano quiere decir recta, porque me lo dijo un pastor; hablábamos al borde de la carretera, cerca de Aranda de Duero. No creo que haga falta que diga la opinión que me merecen los pastores españoles, compatriotas entraña-bles que, después de hacer la "mili", renunciaron a su puesto de trabajo en el sector secundario, para en-tendernos, renunciaron a convertirse en obreros in-dustriales, para volver al campo de Castilla, de Aragón o de Extremadura, a cuidar ovejas y vivir pegados a su tierra. Por eso, porque los admiro y estimo en cuán-to vale su sacrificio y sus dotes de buenos conversa-dores, me molesta profundamente que se les haya pre-tendido honrar con esta especie de gigantesca y des-perdigada falla valenciana que se ha colocado al borde de la carretera nacional núm. 1, de Madrid a Irún, y que, a mi juicio, es eso: una falla hecha, desgraciada-mente en este caso, con materiales no combustibles o ignífugos. Porque, naturalmente, los artistas falleros, cuya maestría quiero subrayar, saben que su arte es efímero y hacen eso, fallas, que es a lo que se de-dican, y en muchos casos las hacen ingeniosas y be-llísimas. Lo que no se puede hacer es fallas de piedra caliza o granítica. Esto lo digo porque, muchas veces, se emplea, hablando de estos temas de escultura, las palabras fallas y artistas falleros en sentido peyorati-vo, y esto, aparte de ser una tremenda injusticia, revela un desconocimiento fabuloso del tema.

Los monumentos de nuestra capital tienen actualmen-te en precario la seguridad de su permanencia en el emplazamiento. La influencia que en todo tiene el tráfico automóvil también los alcanza de distinta forma.

La composición de una plaza era en la ciudad un tema resuelto de manera muy formalista, con unos ejes, unos puntos de vista, etc., en el que frecuentemente, como centro de toda la composición, existía una fuente o un monumento. Ahora, no, el número cada vez mayor de señales de tráfico, postes para los servicios de iluminación, semáforos, unido al laberín-tico trazado de isletas que para encauzar las distintas posibilidades de la circulación, entre las cuales se in-clude como una más la fuente o el monumento—véase la fuente del dios Neptuno en Madrid—, convierte la plaza en un campo de minigolf, en el cual Nep-tuno es lo de menos perdido entre los postes, mien-tras los automovilistas, preocupados, una vez ave-riguado el par del campo, número de veces que es

obligatoria la parada ante distintos semáforos para un determinado recorrido en la plaza, procuran únicamente conseguir atravesarla por bajo del par. Entonces parece oportuno el traslado de los antiguos monumentos a lugares más recoletos y tranquilos, donde puedan ser admirados con sosiego por las sufridas gentes que vivimos en las grandes ciudades. Este traslado se ve forzado en la actualidad, en muchos casos, con la construcción de estacionamientos, modernos aparatos sacaperras, cuya inauguración reciben los automovilistas —no alcanzo a comprender por qué—con gran algazara, y que son un nuevo elemento del equipo urbano, cuya aparición en todas las plazas de la ciudad parece obligada.

En este sentido me declaro decidido partidario del traslado, siempre que se haga de modo simultáneo, quiero decir que cuando se efectúe se realice del em-plazamiento antiguo al nuevo, sin pasar por los alma-cenes de la villa, donde—se dan casos—pueden per-manecer para siempre.

Para el traslado de los monumentos que entorpecen el tráfico, al tomar la decisión, se tienen en cuenta unas premisas a mi juicio un poco extrañas. Aquí in-terviene lo que se conoce por la tradición de la ciu-dad, que es un matiz de difícil definición y de cual-quier modo eminentemente subjetivo. Es evidente que la fuente de la Cibeles, en su actual emplazamiento, no hace más que molestar al tráfico. Por otro lado, los madrileños no podemos ni acercarnos a ella, por miedo a los automóviles y a las medidas que contra nuestra integridad económica pueda tomar el agente de servicio. Únicamente algún turista, Spain is different, se aventura a la travesía, previa consulta amistosa con el guardia, con objeto de hacerse una fotografía. En-tonces me digo yo: ¿No estaría mejor la fuente de la Cibeles en un parque tranquilo, si se encuentra, rodea-da de arbolado, con unos bancos para sentarse en ellos y ver de cerca a nuestra diosa y a sus leones, mientras se oye piar a los pájaros? Podría entonces ponerse a un nivel que permitiese a nuestra vista ver el agua del estanque de la fuente, condición que es-timo fundamental para esta clase de monumentos acu-áticos y que en muchos casos se ha olvidado. Esto de cambiar a la Cibeles de emplazamiento yo se lo he dicho a algunas personas, que me han mirado con una expresión de lástima fácilmente perceptible. Yo, de todas maneras, lo digo aquí con la tranquilidad que proporciona el tener la seguridad de no ver la ex-presión de mis lectores. Es que además, una vez reti-rada la diosa, ¿qué daño nos ha hecho para tenerla rodeada de humos, ruidos y semáforos? Se podría ha-cer pasar "en elevado" la calle de Alcalá sobre la plaza... Pero no divaguemos porque aquí estamos para hablar de monumentos y no de tráfico.

Algunos de los monumentos ya trasladados en Ma-drid se han emplazado con acierto. Caso del monu-mento a los Reyes Católicos en los jardincillos de la Escuela de Industriales. No podemos decir lo mismo del nuevo emplazamiento del de Bravo Murillo, el del famoso contraluz, situado ante los jardines del Canal de Isabel II, con telón de fondo en piedra y dos cipreses, uno a cada lado, haciendo juego.

No quiero terminar sin decir que considero muy conveniente la construcción de monumentos en nues-tras ciudades. Bien estudiado su emplazamiento, su presencia sólo puede dar categoría y empaque a los espacios urbanos. Deben colocarse en toda la ciudad,



en los barrios, en el centro. En la calle, al aire libre, la escultura cumple un fin social, creando belleza, admirable gratuitamente por el vecindario. Este es su sitio y allí debe estar. Pero es que además en este año de 1967 tenemos afortunadamente en nuestro país una serie de compatriotas, verdaderos escultores, que pueden dar muestras de su indudable talento plástico con sus obras. ¿A qué esperan quienes pueden para hacer los encargos oportunos? No voy a dar nombres que estoy seguro están en la mente de todos. Alguien pensará en una escultura en hierro forjado de...; otro, desearía ver en las calles de su ciudad algún espacio, más o menos vacío de... El de más allá se imagina un hermoso monumento lleno de figuras y de pája-ros... ¿Por qué no algunas formas sinuosas de un escultor mediterráneo? Todo lo bueno debe tener ca-bida en nuestra ciudad, que se embellecería, a la vez que se proporcionaba trabajo a artistas tan dignos de apoyo como son los escultores; apoyo que, por otra parte, me parece natural lo encuentren primero en su patria.

